

KRISTAN HIGGINS

Para mí, el único



La abogada divorcista Harper James no tiene ni un respiro. Bastante malo es que se encuentre con su ex, Nick, en la boda de su hermana para que ahora, además, por un cruel giro del destino, se vea forzada a hacer un viaje por todo el país con él. Y mientras, su casi novio se queda en casa, no muy contento.

Harper no puede evitar que Nick se abra paso de nuevo en su vida con ese glorioso y atractivo aire de arquitecto que le rodea. Sin embargo, a los ojos de Nick, Harper siempre ha sido la mujer de su vida. Si consigue hacer las cosas bien esta vez, la felicidad puede estar esperándoles a la vuelta de la esquina.

Cuando tenía cinco años, a los niños que estábamos en el jardín de infancia nos llevaron a enseñar nuestros trabajos manuales a los alumnos mayores, los de segundo grado. Cuando llegué al pupitre en el que se sentaba mi hermano, hice que mi tortuga de arcilla le diera un beso. Él se lo tomó como todo un hombre, me dijo que era muy bonita e hizo caso omiso de los estudiantes que se burlaron de él por tener una hermana pequeña tan tonta. Por eso y por un millón de razones más, este libro está dedicado a ti, Mike.

Te quiero, compañero.

Querido lector:

¡Gracias por elegir *Para mí, el único*! Soy de la opinión de que no hay nada comparable a un libro que me haga llorar y reír, y espero que en estas páginas encuentres escenas que consigan ambas cosas.

Esta es una historia que habla de cómo encontrar el camino de regreso, de aprender a dejar atrás el pasado y tener fe en el futuro, aunque este sea imposible de predecir. Nick y Harper tuvieron poderosas razones para enamorarse, al igual que también las tuvieron para terminar con su relación. Buscar su camino de vuelta no va a ser fácil... pero nada que merezca la pena lo es.

En algunas cosas, este libro es un poco diferente; por ejemplo hay un viaje por carretera y la heroína no tiene muchas expectativas en lo que se refiere al amor, como sí les sucede a otras de mis protagonistas. En otras, sin embargo, encontraréis ciertas similitudes, como la de una familia pintoresca, magníficos escenarios, y por supuesto, un perro encantador en la forma de *Coco*, una mezcla de Jack Russell y chihuahua. Me divertí muchísimo con alguno de los personajes secundarios de esta novela. Tengo especial predilección por Dennis, así como por BeverLee y Carol.

Me tomé ciertas libertades en la historia. Martha's Vineyard no cuenta con un cuerpo oficial de bomberos; de la prevención y extinción de incendios se encarga un grupo de generosos voluntarios de las ocho localidades que componen la isla. Tampoco tengo muy claro que un abogado pudiera ganarse la vida llevando solo los divorcios de una población tan pequeña. En cuanto a los vuelos directos

desde Dakota del Sur o Nueva York... bueno, si existen, yo no los he encontrado. Pero al fin y al cabo, esto es ficción.

Me encantará que me hagas llegar todos tus comentarios. Puedes visitarme en www.kristanhiggins.com.

Con mis mejores deseos:
Kristan Higgins

Agradecimientos

Gracias, como siempre, a mi agente, la maravillosa Maria Carvainis, así como a su plantilla, siempre capaz y dispuesta, por estar ahí en todo momento y comportarse siempre de una forma tan encantadora.

Todo escritor debería tener la suerte de trabajar con una editora como Keyren Gerlach, perspicaz, amable y que me alienta a superarme con cada libro que escribo. Me siento bendecida por el entusiasmo y apoyo que me ha mostrado el equipo al completo de HQN y Harlequin Enterprises. Un agradecimiento especial también para Margaret Marbury O'Neill y Tara Parsons y el estupendo departamento de diseño gráfico que crea para mis libros unas portadas tan bonitas.

Gracias de corazón a Shaunee Cole, Karen Pinco y Kelly Morse por ayudarme a sacar a este chico malo; a Toni Andrews por su pronto e inteligente asesoramiento para la trama; a Cassy y Jon Pickard por enseñarme cómo es la vida de un arquitecto; a Annette Willis por dejarme indagar en el trabajo de un abogado especializado en divorcios (¡cualquier error, es mío y solo mío!); a Paula Kristan Spotanski y Jennifer Iszkiewicz por compartir conmigo sus recuerdos y fotos del Parque Nacional de los Glaciares; a Bridget Fehon, una extraordinaria asesora a la hora de poner nombres a los animales; a mi querida madre por toda su ayuda; a Bob y Diane Moore por dejarme su preciosa casa en Martha's Vineyard. Y a mis maravillosas amigas de la CTRWA, gracias por vuestro entusiasmo, apoyo y ánimos. ¡Percibo el poder de la Fuerza en vosotras!

Y por supuesto, todo mi amor para mi «cariño» y nuestros dos hermosos hijos; ellos tres son lo mejor que me ha pasado en la vida.

Por último, gracias a ti, querido lector. Gracias por dedicar tu tiempo a esta novela. Gracias por escribirme y, en muchas ocasiones, convertirme en tu amiga. Soy incapaz de expresar con palabras lo mucho que eso significa para mí.

Capítulo 1

—Deja de sonreír. Cada vez que lo haces muere un ángel.

—Caramba —comenté yo—. Esa sí que ha sido buena.

El hombre de actitud pesimista se sentó en el bar. Parecía como si estuviera sufriendo en carne propia la historia de una de esas canciones malas de música *country*, en las que el protagonista se queda sin mujer, se le avería el camión y encima se le muere el perro. Pobre desgraciado.

—Escuche —continué—. Sé que es triste, pero hay veces en que el divorcio no es más que la eutanasia de una relación moribunda. —Le di una palmadita en el hombro y después le ajusté el alzacuello, que lo llevaba un poco torcido—. En ocasiones, nuestros corazones solo necesitan tiempo para aceptar lo que nuestras cabezas ya saben.

El cura suspiró.

—Vaya una teoría ridícula —le dijo a Mick, el camarero.

—¡No es ridícula! Es un gran consejo.

—Eres muy mala.

—Oh, vaya. Se lo está tomando peor de lo que me imaginaba.

—Tengo razón. Después de lo mucho que me cuesta, vas tú y lo arruinas todo.

—¡Padre Bruce! —exclamé, haciéndome la dolida—. ¡No hace falta ponerse así! ¡Está siendo muy hiriente!

El buen padre y yo estábamos en Offshore Ale, el mejor bar de Martha's Vineyard, un rincón oscuro aunque encantador de Oak Bluffs, y el sitio favorito de lugareños y turistas por igual. El padre Bruce, amigo mío desde hacía años

y pastor inmensamente popular de la comunidad católica de la isla, era uno de los visitantes asiduos del local.

—Venga, padre —proseguí mientras me sentaba en un taburete que había a su lado y me acomodaba la falda para no enseñar más de la cuenta—. En el fondo no somos tan diferentes. —El sacerdote me respondió con un gruñido del que hice caso omiso—. Ambos aconsejamos a las personas en los momentos más difíciles de sus vidas, las guiamos a través del polvorín emocional en el que están sumidas y nos convertimos en la voz de la razón cuando esta se ha perdido.

—Lo más triste de todo, Mick, es que se lo cree.

Puse los ojos en blanco.

—Deje de ser tan mal perdedor e invíteme a una copa.

—El matrimonio ya no es lo que era —se quejó el cura—. Mick, ponle un *bourbon* al tiburón que tengo aquí al lado.

—No, Mick, solo una botella de agua Pellegrino. Y, padre, voy a apuntar ese apodo en mi lista. —Sonreí de oreja a oreja. Por supuesto que era un tiburón. Los mejores abogados especializados en divorcios lo eran.

—De modo que ha vuelto a perder, ¿eh, padre? —comentó Mick, añadiendo una rodaja de limón a mi agua mineral con gas.

—No sigas, Mick. Ya se está regodeando lo suficiente sin necesidad de ayuda.

—No me estoy regodeando —objeté, moviendo la cerveza de otro cliente que estaba a punto de caerse sobre el regazo del padre Bruce—. No tengo nada en contra del matrimonio, como podréis ver. Pero en el caso de Starling contra Starling, ese par estaba condenado desde el mismo momento en que él hincó la rodilla en el suelo para pedirle matrimonio. Como sucede en una de cada tres parejas.

El padre Bruce cerró los ojos.

A pesar de que teníamos opiniones diametralmente opuestas en lo que al divorcio se refería, el padre Bruce y

yo éramos viejos amigos. Pero hoy, Joe Starling, uno de sus feligreses, había venido a mi despacho para pedirme que empezara con los trámites de su separación. En realidad se había producido una especie de carrera por llegar hasta mi puerta y Joe fue el ganador. Era... veamos... el noveno parroquiano que hacía lo mismo en los dos últimos años, a pesar de los esfuerzos del padre Bruce por tratar de recomponer los vínculos matrimoniales rotos.

—Puede que termine cambiando de idea —sugirió el padre Bruce. Se le veía tan esperanzado que no me atreví a recordarle un hecho irrefutable: ninguno de mis clientes se había arrepentido después de iniciado el procedimiento.

—Bueno, ¿y cómo le va en todo lo demás, padre? —pregunté—. He oído que el otro día dio un sermón brutal. Y también le he visto ir andando a muy buen ritmo. Esa nueva válvula que lleva en el corazón tiene que estar funcionando a la perfección.

—Eso parece, Harper, eso parece —sonrió. Al fin y al cabo era cura y no le quedaba más remedio que perdonarme—. ¿Ya has llevado a cabo tu buena acción del día?

Hice una mueca.

—No. Más bien un acto de generosidad sin sentido. —El padre Bruce se había tomado como campaña personal la salvación de mi alma y me había desafiado a tener que hacer una buena acción diaria para, según sus propias palabras, «compensar la maldad de tu profesión»—. Sí, sí —admití—. Dejé pasar por delante de mí a una familia de seis en la cola del café. Su bebé estaba llorando. ¿Sirve eso?

—Sirve —dijo el cura—. Por cierto, hoy estás muy guapa. ¿Tienes una cita con el joven Dennis?

Miré a mi alrededor.

—Más que una cita, padre. —Hice un gesto de dolor cuando John Caruso tropezó como por casualidad contra mi espalda y fingí no haber oído el epíteto que masculló. Una profesional de éxito como yo solía terminar acostumbrándose a tales afrentas. Después de todo, la señora Caru-

so había conseguido el condominio en Back Bay y la casa, por no mencionar la generosa pensión alimenticia mensual —. Hoy es el día. Tengo pensado exponer los hechos, plantear un caso de lo más convincente y esperar al veredicto, que ojalá sea a mi favor.

El padre Bruce enarcó una ceja canosa.

—¡Qué romántica!

—Creo que mi visión de lo romántico está bien documentada, padre Bruce.

—Casi siento lástima por el joven Dennis.

—Casi, salvo que el «joven Dennis», como usted lo llama, lo tiene todo a su favor y lo sabe.

—¿Lo sé?

—¡Venga ya! —Choqué mi vaso contra el del padre Bruce y tomé un sorbo—. Por el matrimonio. Hablando del rey de Roma, aquí está, y nada menos que con cuatro minutos de antelación. Los milagros existen.

Mi novio desde hacía dos años y medio, Dennis Patrick Costello, era... bueno... todo lo que una se imaginaba que podía ser un bombero cañón. Sí, sí. La palabra «atractivo» ni siquiera se acercaba a definirlo. Pelo negro y abundante, ojos azules, el descaro propio de los irlandeses, casi un metro noventa de estatura, hombros que podrían cargar a una familia de cuatro miembros... La única pega que le veía era que llevaba una trencita; una larga y anodina cola de rata, a la que parecía estar apegado sin ningún sentido y que yo intentaba ignorar con todas mis fuerzas. Sea como fuere, su belleza física y predispuesta afabilidad siempre despertaban en mí un pequeño ramalazo de orgullo. No había nadie en la isla a quien no le gustara Dennis, así como tampoco había ninguna mujer que no se quedara mirándole embozada cuando sonreía. Y era todo mío.

Den venía acompañado de Chuck, su compañero de unidad del Departamento de Bomberos de Martha's Vineyard, que me lanzó una gélida mirada desde el otro extremo del bar. Chuck había engañado a Constance, su simpá-

tica y encantadora esposa. Y no solo una vez. Había sacado su vena Tiger Woods y había terminado admitiendo cuatro aventuras en seis años de matrimonio. Como resultado, ahora vivía en una habitación alquilada en una cochambrosa «casita de campo» de ciento ochenta metros cuadrados en Chappaquiddick y tenía que tomar todos los días el *ferry* para ir a trabajar. Ese era el precio del pecado.

—¡Hola, Chuck! ¿Qué tal? —pregunté. Como de costumbre, no me hizo ni caso. Daba igual. Me dirigí a Dennis—. ¡Hola, cariño! Mírate, llegas con cuatro minutos de antelación.

Dennis se inclinó hacia mí y me dio un beso en la mejilla.

—Hola, preciosa —me saludó—. ¿Qué tal, padre Bruce?

—Dennis. Buena suerte, hijo. Rezaré tres avemarías por ti.

—Gracias, padre. —Dennis me sonrió. Por lo visto, el que un sacerdote le ofreciera una oración no despertaba en él la más mínima curiosidad—. Me muero de hambre. ¿Y tú?

—También. Ya nos veremos, padre Bruce —me despedí mientras me bajaba del taburete alto de la barra. Dennis me lanzó una rápida y sensual mirada; algo que al fin y al cabo tenía que agradecerle a mi vestido y a mis altísimos tacones, que hacían que los pies me dolieran lo suyo y yo pareciera una fulana. Quería acaparar toda la atención de mi novio, y teniendo en cuenta que era un hombre, lucir un poco el escote no iba a hacer daño a mi causa.

Esta noche le pediría que se casara conmigo. Dos años y medio de noviazgo me habían enseñado que Dennis tenía madera de marido. Era un hombre de buen corazón, con trabajo estable, decente, hogareño y muy atractivo. Era ahora o nunca. Con casi treinta y cuatro años no estaba dispuesta a ser la eterna novia de alguien. Yo era una de esas personas que tomaba nota y pasaba a la acción, y Dennis,

bendito fuera, necesitaba que alguien le guiara por el camino correcto.

La primera parte de mi plan consistía en alimentarle, ya que mi novio comía más veces que un niño pequeño. Un par de cervezas también ayudarían, porque Dennis, aunque parecía bastante feliz con nuestra relación, todavía no había abordado el asunto del matrimonio *motu proprio*. Un pequeño empujoncito no nos vendría mal.

Así que, media hora después, y con medio litro de cerveza y una hamburguesa enorme con tocino y queso de roquefort en el estómago, mi novio me estaba hablando de una de las llamadas de emergencia que había atendido.

—Y ahí estaba yo, intentando forzar la puerta del vehículo para que se abriera, y de pronto esa cosa salió volando y le dio a Chuck en las pelotas. Él puso su cara de «¡Costello, eres un capullo!». No veas lo que nos reímos. Pero lo mejor de todo es que la señora todavía seguía en el interior del automóvil. Oh, Dios, ha sido impagable.

Sonreí pacientemente. El humor de los bomberos, a falta de una palabra más adecuada, era bastante vulgar en el mejor de los casos. Pero en ese momento me daba igual todo, así que reí y murmuré:

—Pobre. —Me refería por supuesto a la señora, encerrada en su vehículo mientras un grupo de musculosos bomberos se dedicaban a bromear sobre testículos. En cuanto a Chuck, lo único que sentí era que por fin se había hecho justicia—. ¿La conductora salió muy malherida?

—Qué va. Ni un solo rasguño. No nos habríamos reído si hubiera estado decapitada o algo por el estilo. —Sonrió de oreja a oreja.

Le devolví la sonrisa.

—Me alegra saberlo. Ahora, Den, escucha. Tenemos que hablar.

La temida frase hizo que se le borrara la sonrisa de la cara. Parpadeó rápidamente, como si estuviera a punto de darle un puñetazo en pleno rostro, y buscó su recargada

hamburguesa, interponiéndola entre nosotros como un escudo, en un claro lenguaje corporal de autodefensa, algo que veía a menudo en los cónyuges de mis clientes. Hora de lanzar el ataque. Entrecrucé los dedos de las manos frente a mí, incliné la cabeza y sonreí.

—Dennis, creo que ha llegado el momento de que pasemos a la siguiente fase, ¿qué te parece? Llevamos juntos un tiempo, tenemos una relación bastante sólida y voy a cumplir treinta y cuatro años dentro de unas semanas, lo que, en términos médicos, es una edad avanzada para ser madre. ¿Por qué no nos casamos?

Dennis se echó hacia atrás alarmado. Maldición. Mi declaración no había resultado muy romántica que digamos. Puede que si añadiera una nota un poco más sentimental en vez de una exposición sucinta de los hechos... Eso me pasaba por haber practicado mi discurso frente a un perro en vez de delante de una persona. Además, tampoco había nada malo en argumentar las cosas de manera franca y directa, ¿no?

La respuesta de mi novio fue meterse un buen cuarto de la enorme hamburguesa dentro de la boca.

—Mmm... Bufffff... —dijo con las mejillas a rebosar.

Bien, por supuesto que me había esperado un poco de resistencia por su parte. Dennis era un hombre, y como todos los hombres, excepto unos pocos, no solían proponer matrimonio si no se les daba un empujoncito. Y vaya si se lo había dado... Había alabado el anillo de una de sus primas hacía tres meses, había sacado a colación el asunto de su amor por los niños, le había dicho lo buen padre que sería, había mencionado mi deseo de ser madre... pero hasta ahora no había conseguido nada de nada. De modo que asumí que me hacía falta algo más enérgico que un empujón. Una patada, por ejemplo. ¿No era precisamente eso lo que necesitaban la mayoría de los hombres?

—No te asustes, cariño —dije al ver la desesperación con la que masticaba—. Nos llevamos maravillosamente

bien. Pasamos juntos casi todas las noches, estamos saliendo desde hace más de dos años. Ya tienes treinta años y sabes que quieres tener hijos. Es hora de tomar cartas en el asunto, ¿no crees? Yo sí que lo sé. —Sonreí para demostrarle que estábamos en el mismo equipo.

Dennis tragó con fuerza. Su atractivo rostro se había vuelto completamente pálido.

—Esto... mira, nena... —empezó. Hice una mueca. ¿Nena? ¿De verdad me había llamado «nena»? Él debió de darse cuenta—. Lo siento, muñeca. Eh... quiero decir, Harper. Lo siento. —Cerró la boca, volvió a abrirla y pareció vacilar. Después le dio otro mordisco a la hamburguesa.

Bien. Sería yo la que hablara. Mejor así.

—Déjame continuar, ¿te parece, Den? Luego puedes decir lo que te apetezca. Si todavía quieres decirlo. —Volví a sonreír y mantuve el contacto visual, lo que no me resultó nada fácil teniendo en cuenta que Dennis no hacía más que mirar de un lado a otro como un poseso. Y por si fuera poco, estaban televisando un partido de los Red Sox, lo que no me ayudaba en absoluto, ya que mi novio era uno de sus seguidores acérrimos—. Den, como bien sabes me paso el día lidiando con relaciones que son una porquería. Pero la nuestra es magnífica. De verdad. Y no podemos quedarnos en este limbo para siempre. Además, si ya pasas la mayoría de las noches en mi casa.

—Es que tienes una cama muy cómoda —dijo con total sinceridad antes de meterse unas patatas fritas en la boca. A continuación me ofreció unas pocas, pero hice un gesto de negación con la cabeza. Ni siquiera había tocado la ensalada que había pedido.

—No, gracias. Volviendo al tema... —Me incliné un poco más hacia adelante, ofreciendo a Dennis un mejor panorama de mi escote, cuyos ojos bajaron con la misma facilidad que salivaban los perros de Pavlov cuando les ponían comida. Sonreí—. Nuestra vida sexual es muy buena —continué, recordándole nuestros mejores momentos. La mujer